

Más lejos del bronce

POR LUIS ALBERTO ROMERO

HISTORIADOR, INVESTIGADOR Y ESCRITOR



Muchas cosas -buenas y malas- se hicieron en nombre del Padre de la Patria. Ahora la discusión es otra: qué imagen de San Martín debemos recuperar.

El mito de San Martín se construyó sobre su figura histórica mientras estaba vivo el recuerdo de quienes lo conocieron. Pero pronto la encubrió, la cambió, la transformó en bronce, para que pudiera cumplir adecuadamente la función de "héroe fundador de la Nación", de Padre de la Patria. Desde ese lugar, que nadie le discutió, presidió muchas cosas hechas en su nombre, buenas, malas y terribles. Los historiadores deberán discutir cómo era realmente. Los ciudadanos necesitan afrontar otra discusión: qué imagen de San Martín debemos recuperar para la democracia.

El camino del mito

Desde que se comienza a pensar en la historia de la nación argentina se le asiste a San Martín en un pedestal. Desde el Centenario, junto con la obsesiva búsqueda de la identidad nacional, se empieza a mirar a San Martín como héroe fundador: el Padre de la Patria. Esta operación de política histórica se completa en los años 30, durante la presidencia del general Agustín P. Justo. Por entonces, José Pacífico Otero concluyó su monumental biografía de San Martín y se fundó el Instituto Sanmartiniano. El 17 de agosto fue establecido como fecha de recordación del prócer, y el Ejército, cuya presencia en el Instituto era mayoritaria, se hizo cargo de las honras.

A su vez la Iglesia Católica, empeñada en demostrar la presencia de la religión en cada uno de los actos fundadores de la nacionalidad, asumió la figura de un San Martín católico sin máculas, pasando por alto su notoria masonería y sus conocidas actitudes anticlericales. Poco después, la flamante Academia Nacional de la Historia emprendió la redacción de la "Historia de la Nación Argentina". Allí se terminó de definir la primacía de San Martín, distanciado de un conjunto de "figuras menores" y convertido en expresión esencial del ser nacional: como predicaba el historiador José Pacífico Otero, "todo argentino debía ser sanmartiniano". Por entonces, los historiadores revisionistas cuestionaron toda esta construcción, derribaron próceres, pero coincidieron en la glorificación de San Martín, aun cuando fuera por otras razones.

En 1950 se celebró el Año del Libertador. En una Argentina dividida en facciones inconciliables, la apoteosis de San Martín acompañó la glorificación de Perón. Cada uno en su esfera, ambos eran Libertadores, aun cuando el presidente, retomando la salvedad de Mitre, señaló que un general "se hace" pero que "conductor se nace". Pese a este embanderamiento de su figura, luego de 1955 San Martín continuó firme a la cabeza del procerato, sin por ello perder su lugar en el revisionismo, ahora de izquierda y peronista. De ahí en adelante, San Martín pudo ser invocado en todos los actos del estado, los de Onganía y los de Videla, y hasta se lo usó para legitimar lo innombrable.

Triste homenaje: San Martín quedó asociado con una de las caras más negras de la Argentina. No es casual que su transformación de prócer patrio en bronce legitimador se haya producido en la década de 1930. A poco de triunfar Yrigoyen en 1916, la derecha descalificó el sistema democrático, que sólo servía para elegir mediocridades. A los ojos de quienes se reunían en la Liga Patriótica y admiraban a Mussolini, los partidos políticos democráticos no podían expresar más que intereses particulares y mezquinos. ¿Quién defendería los de la Nación? El Ejército, que en los años 20 se instaló de manera gradual e incontenible en el centro del Estado, al tiempo que afirmaba su identificación con "los supremos intereses de la Nación" por encima de los partidos y hasta de la misma Constitución, si ésta no servía para protegerlos.

Por entonces, ha explicado con precisión el ensayista italiano Loris Zanatta, la Iglesia definió la identidad entre catolicismo y argentinidad, soldó su integración con las Fuerzas Armadas, afirmó el papel tutelar del ejército y convocó a una suerte de cruzada contra el liberalismo enquistado en el Estado y la sociedad. Para el caso, San Martín fue acreditado como estadista: su apartamiento de las disputas políticas lo convirtió en precursor de esta fórmula que descreía de las prácticas democráticas, los disensos y el pluralismo, y afirmaba los valores de la unidad, la jerarquía y el mando. Pero además, quien fuera Caballeros Racionales fue invitado como Cruzado, como precursor del generalísimo Franco que necesitaba la Argentina.

Muchas cosas definidas en los 30 se profundizaron con la Guerra Fría. El nacionalismo militar de Estado alimentó una actitud paranoica: la Argentina tenía "un destino de grandeza", que no se concretaba por las asechanzas de enemigos. A Chile o Gran Bretaña se agregaron los de adentro, los subversivos ajenos a los valores auténticamente argentinos, es decir occidentales y cristianos, y contra ellos se alzaron la espada y la cruz purificadoras. La Guerra de Malvinas pudo haber servido para unir al enemigo interno y el externo, en una doble y espectacular victoria, y San Martín -indefenso en el bronce- habría sido llamado a presidirla.

La derrota militar abrió el camino a la democracia y a la posibilidad de rever imágenes de la historia tan aviesamente utilizadas. Hoy es posible y necesaria una mirada distinta de ese San Martín "congelado en el bronce", o en un retrato que habría sido irreconocible para sus contemporáneos. No es una cuestión académica o profesional, sino política.

Necesitamos contar otra historia, que ayude mejor al futuro que queremos construir. Revelar detalles de la intimidad del prócer, sacarlo del bronce, ciertamente ayuda pero no basta. Necesitamos juzgar su vida pública, como lo hacemos con cualquier otro político del pasado o del presente. San Martín no puede ser un héroe divino como Aquiles. Ya es bastante que sea el prudente Ulises, humano y sabio, pero también iracundo, arbitrario y apasionado.

Quizá debamos atrevernos a pensar que San Martín no fue estrictamente un héroe argentino. Al fin, por entonces la Argentina todavía no había empezado a existir. A los ojos de ese americano que pasó buena parte de su vida sirviendo en España, Hispanoamérica era una sola. Y el problema que lo obsesionaba, la independencia, no se limitaba a ninguno de los futuros estados, cosa que debió ser simulada en tiempos de fuerte afirmación de las identidades nacionales, cuando pensábamos que nuestro destino se jugaba contra Chile.

Hoy es posible que nuestro futuro se juegue en el Mercosur. ¿Por qué no mirar a San Martín como prócer fundador de esa región integrada? No sabemos si esta visión es más verdadera que la anterior, pero parece mucho más útil. Al fin, cambiarle la historia al paciente es una buena forma de terapia.

Cambiar la historia

La derrota militar abrió el camino a la democracia y a la posibilidad de rever imágenes de la historia tan aviesamente utilizadas.

Hoy es posible y necesaria una mirada distinta de ese San Martín "congelado en el bronce", o en un retrato que habría sido irreconocible para sus contemporáneos. No es una cuestión académica o profesional, sino política.

Necesitamos contar otra historia, que ayude mejor al futuro que queremos construir. Revelar detalles de la intimidad del prócer, sacarlo del bronce, ciertamente ayuda pero no basta. Necesitamos juzgar su vida pública, como lo hacemos con cualquier otro político del pasado o del presente. San Martín no puede ser un héroe divino como Aquiles. Ya es bastante que sea el prudente Ulises, humano y sabio, pero también iracundo, arbitrario y apasionado.

Quizá debamos atrevernos a pensar que San Martín no fue estrictamente un héroe argentino. Al fin, por entonces la Argentina todavía no había empezado a existir. A los ojos de ese americano que pasó buena parte de su vida sirviendo en España, Hispanoamérica era una sola. Y el problema que lo obsesionaba, la independencia, no se limitaba a ninguno de los futuros estados, cosa que debió ser simulada en tiempos de fuerte afirmación de las identidades nacionales, cuando pensábamos que nuestro destino se jugaba contra Chile.

Hoy es posible que nuestro futuro se juegue en el Mercosur. ¿Por qué no mirar a San Martín como prócer fundador de esa región integrada? No sabemos si esta visión es más verdadera que la anterior, pero parece mucho más útil. Al fin, cambiarle la historia al paciente es una buena forma de terapia.



El prócer que volvió a ser noticia

POR RAÚL PEDONE
EDITOR DE SOCIEDAD DE LOS ANDES

Una corriente de pensadores e historiadores argentinos cree que hay que bajar a San Martín de los monumentos. Una idea saludable para un país temeroso de revisar su pasado y proyectar su futuro.

A fuerza de miedos y de una educación sobrecargada de memoria y despojada de ideas, los argentinos nos acostumbramos de chicos a imaginar a San Martín en el formato del bronce. Basta abrir los ojos en cualquier pueblo o ciudad para encontrarlo inmóvilizado en centenares de esculturas y placas recordatorias. También sus retratos desbordan tanto las paredes de despachos oficiales y aulas, como las páginas de la revista Billiken o los manuales de historia. Ni hablar de su cotidiana presencia en la cartera de la dama o el bolsillo del caballero, a través de los desgastados billetes de cinco pesos (el modestísimo "verde" nacional).

Obvio: si hay hombre público al que poco y nada se le puede reprochar, ése es el general José de San Martín. Sin embargo, parece que algunos viejos modelos están empezando a cambiar, a despegarse, a abrirse a una revisión en serio. Y de pronto, lo que ningún periodista hubiese podido anticipar se ha vuelto realidad en las tapas de los diarios y los titulares de los noticieros: hoy San Martín es noticia, es presente. En otras palabras, hay cosas nuevas para informar sobre él.

Más allá del marketing montado por las editoriales para vender más de aquellos libros que alimentan la nueva narrativa histórica, la propuesta surge como un saludable ejercicio para un país temeroso de revisar su pasado y proyectar su futuro.

Una corriente de historiadores argentinos propicia ahora abordar

la figura del Libertador desde una perspectiva diferente. Dicen, creen y escriben con firmeza que hay que bajarlo de los monumentos, y pensarlo con la riqueza sustancial de todo ser humano. Con sus virtudes, sus defectos, sus enojos, sus afectos, sus pasiones, sus frustraciones.

Si lo queremos tanto, ¿por qué entonces privarnos de conocerlo a fondo? ¿Por qué condenar una vida tan intensa y fructífera a la interpretación de unos pocos y herrumbrosos conceptos? ¿Por qué no averiguar si fue mestizo y -sea cual fuere- decirle la verdad a la gente?

Si fuéramos más valientes, hasta podríamos animarnos a proyectar: sus más nobles ideales sobre los conflictos actuales de la Argentina. Días atrás, en una mesa de café de la Peatonal, un grupo de personas ensayaba en el mismo sentido un juego de imaginación. ¿Qué haría este hombre si viviera en la Argentina de hoy? ¿Se suicidaría como René Favaloro, porque no hay plata para financiar sus ejércitos libertadores?

Un San Martín modelo 2000 quizás estaría preocupado por frenar la sangría de desencantados que todos los días se diluye por el aeropuerto de Ezeiza. Armaría un ejército para luchar contra la corrupción. Estaría preocupado por los bamboleos de la escuela pública e indignado por los miles de padres y madres de familia que no tienen qué darles de comer a sus hijos.

Si hubiese podido elegir, acaso Don José -para robarle el término a García Hamilton- tampoco hubiese

querido tantas formalidades en el 150 aniversario de su muerte. Para prueba basta citar un episodio de su vida que lo pinta de cuerpo entero: el 8 de mayo de 1817, el entonces capitán le escribía de puño y letra una carta al Cabildo de Mendoza, en respuesta a una propuesta para rendirle honores y homenajes especiales por su exitosa campaña libertadora.

"Más que todos los jergológicos y emblemas que se puedan poner, la leyenda debería ser 'José de San Martín, un verdadero amigo de Mendoza'. Y así es como figura en la plaza principal de la villa -hoy departamento- que fundó en 1816.

San Martín la calle. San Martín la plaza. San Martín el equipo de fútbol, el departamento, la línea de ferrocarril, el barrio, la escuela. Hay un nombre que domina los espacios públicos mendocinos. Pero sería triste reducir al gran estratega y visionario solamente a unos kilómetros de asfalto, unas farolas, unos bancos.

Este trabajo que LOS ANDES pone hoy en manos de sus lectores no apunta a azuzar vanas polémicas entre intelectuales. Menos aun a desviar la atención de los problemas que nos agobian. Un puñado de los más lúcidos pensadores e historiadores argentinos fueron convocados a escribir. Tal vez la noticia de hoy sirva para empezar a construir un país más auténtico.

Los dueños de la Nación

Triste homenaje: San Martín quedó asociado con una de las caras más negras de la Argentina. No es casual que su transformación de prócer patrio en bronce legitimador se haya producido